

# ANA DE AUSTRIA

# REINA

## DE

# CORAZONES

UN AURA ROMÁNTICA ACOMPAÑA LA IMAGEN DE ESTA INFANTA ESPAÑOLA Y SOBERANA DE FRANCIA. CON MOTIVO DE LA PUBLICACIÓN DE UNA EXCELENTE BIOGRAFÍA POR EL CENTRO DE ESTUDIOS DE EUROPA HISPÁNICA, **LAURA OLIVÁN** DESCUBRE LA RELEVANTE PERSONALIDAD HISTÓRICA QUE SUBYACE A SU NOVELESCO PERFIL, ACUÑADO EN *LOS TRES MOSQUETEROS*

**C**ON LA MAESTRÍA DE SU PLUMA, Dumas otorgó fama a una reina de Francia nacida en Valladolid. “Bella y orgullosa”, así la describió en su obra *Los Tres Mosqueteros*, en la que una joven Ana de Austria, víctima del maléfico cardenal Richelieu, puso su honor en manos de D’Artagnan, Athos, Portos y Aramis. Los agueridos mosqueteros, seguidos del joven héroe, debían rescatar los herretes de diamantes que la Reina había indiscretamente otorgado al duque de Buckingham, su eterno enamorado; Milady, la intrigante inglesa, bajo las órdenes del cardenal, tenía la misma misión pero con distinto objetivo: comprometer gravemente la honorabilidad de la Reina frente a su marido, el Rey.

LAURA OLIVÁN SANTALIESTRA. DOCTORA EN HISTORIA MODERNA.

Para crear aquella ficción Dumas se basó en un encuentro que la Reina y el primer ministro inglés tuvieron en los jardines de Amiens y que ya en la época desató el escándalo. Fue así cómo las aventuras del joven d’Artagnan consagraron el mito romántico de Ana de Austria que otros tratarían de alimentar sacando a la luz testimonios que afirmaban que, incluso Richelieu –su declarado “enemigo”–, habría caído rendido a sus reales pies, eso sí, en contados momentos de debilidad. Los rumores sobre los amores de la Reina no acabaron allí, porque también en el siglo XIX se publicó una correspondencia inédita de Ana de Austria con Mazarino, el sucesor

de Richelieu: once cartas que fueron interpretadas como fogosas demostraciones de amor. Aquella pasión de la reina viuda y regente, según ciertos autores románticos, habría finalizado en un matrimonio bendecido por san Vicente de Paúl, salvador de los pobres en la devastada Francia frondista.

Sin duda, las románticas leyendas de

Ana de Austria han logrado conquistar el corazón del gran público. Pero ¿es legítimo seguir insistiendo en estos minúsculos puntos de una extensísima biografía, convulsa y palpitante, de una mujer que fue infanta de la monarquía española, reina consorte de Francia, madre de Luis XIV, regente durante ocho largos años (aca- ➤➤➤

### LAS CLAVES

**PRENDA DE PAZ.** Aunque primogénita, su hermano, el futuro Felipe IV, heredaría la Corona. Su enlace con Luis XIII pretendió asegurar la paz de España con Francia.

**AFRANCESAMIENTO.** Hubo de olvidar enseguida sus costumbres hispanas para atraer a su indiferente marido. Al asumir la regencia defendió los intereses franceses por encima de los de su antigua monarquía.

LA JOVEN REINA ANA DE AUSTRIA, por Frans Pourbus, 1616. Algunos autores consideran que, en realidad, el retrato representa a su cuñada Isabel de Francia, esposa de Felipe IV. Karlsruhe, Kunsthalle.



» so los más turbulentos del XVII francés) y autora de la Paz de los Pirineos?

**INFANTA DE ESPAÑA.** Ana de Austria fue la primera hija de Felipe III y Margarita de Austria. Nació en Valladolid el 22 de septiembre 1601, cinco días antes que su futuro esposo, el delfín Luis de Francia. Como primogénita, adquirió derechos sucesorios desde el mismo instante de su alumbramiento, ya que en la monarquía hispánica no existía la Ley Sálica que imperaba en Francia. Pocos consideraron, sin embargo, que la pequeña “infante” pudiera llegar a ser la heredera universal, dadas las posibilidades de procreación de la joven pareja real. Así fue. El príncipe Felipe, futuro Felipe IV, nació en 1605 ante el regocijo de toda la Corte.

La infanta fue retratada desde muy temprano por los pintores de cámara del Rey. Era graciosa, despierta, devota y amante del ceremonial; fue educada en un ambiente cortesano en el que primaron el amor familiar y el orgullo dinástico, además de una piedad contra-reformista dirigida por Diego de Guzmán, como ha estudiado María José del Río. Altanera y hermosa, si no heredera de la monarquía, le esperaba el matrimonio con un rey de una de las Cortes más poderosas de Europa, porque el afianzamiento de los lazos dinás-

tics garantizaba paces políticas, al menos, en los primeros albores del pacto. De este modo, los dos hermanos, Ana y Felipe, se casaron respectivamente con Luis XIII de Francia y la hermana de éste, Isabel de Borbón. Felipe III, asesorado por el duque de Lerma, selló así una alianza que prometía zanjar añejas rivalidades con Francia.

**JOVEN REINA DE FRANCIA.** El contrato matrimonial se firmó en 1612, aunque la entrega de las princesas no se produjo hasta 1615, en el río Bidasoa, testigo y frontera de la singular ceremonia de aspiraciones simétricas.

Saludable, hermosa y fuerte, así aparecía ante los ojos de los embajadores de

Francia su futura reina, y así se presentó ante la Corte francesa aquel 9 de noviembre de 1615 en el río Bidasoa, pues según las noticias de la época, Ana entró en tierras francesas con la cabeza alta y el paso firme. Orgullo no le faltaba ni a ella ni a los más de cien criados españoles que la acompañaban y que enseguida despertaron las suspicacias de la flamante suegra, María de Médicis.

El joven rey no se mostró muy entusiasmado con la llegada de su esposa: atolondrado y demasiado preocupado por pasar las horas con su favorito —el halconero mayor Luynes— pasó su primera noche de bodas a regañadientes

y soltando alguna lágrima de camino al lecho nupcial; su médico personal, Héroard, afirmó que el Rey había consumado el matrimonio, hecho que más adelante se pondría en duda porque Luis XIII tardaría más de tres años en volver a compartir el lecho con la Reina. Felipe III, preocupado desde los primeros días por la indiferencia mostrada por su yerno hacia los deberes conyugales, instó a su hija a que aprendiera lo más rápidamente posible la lengua francesa con la esperanza de ganarse los favores de su esposo. Ana llegó a dominar el francés, sin los efectos esperados.

No acabaron allí las penas de la joven reina. María de Médicis quiso imponerle el ceremonial francés: tuvo que guardar sus vestidos españoles y adoptar los franceses e igualmente se vio abocada a admitir en su aposento al ama de cría de Luis XIII, Antonie Joron (madame du Boquet), una avejentada mujer, que según el embajador español “roncaba como un toro del Jarama”.

Los sueños de la Reina no sólo fueron perturbados por una dama vieja y roncadora, sino también por la expulsión de toda su servidumbre española que acabó no sin disgusto. La expulsión de las damas más importantes de la Reina se produjo a finales de 1618. Sólo quedaron en París cuatro españoles, entre ellos, la vieja Es-



EL PRÍNCIPE FELIPE Y LA INFANTA ANA, por Juan Pantoja de la Cruz, 1606, Viena, Kunsthistorisches Museum.



EL INTERCAMBIO DE LAS PRINCESAS EN EL RÍO BIDASOA (detalle), por Pieter van der Meulen, 1615, Madrid, Real Monasterio de la Encarnación.

tefanía, mujer de confianza de la Reina, que en la novela de Dumas presencia el momento en el cual Ana confía sus diamantes a Buckingham.

La salida de las damas españolas de la Reina mejoró las relaciones entre la pareja real, ya que Luis XIII había prometido mantener relaciones con su esposa si aquéllas regresaban a Madrid. Luis cumplió su palabra y, animado por Luynes, consumó el matrimonio. Durante un año galanteó a su esposa e incluso le dedicó la *Chanson d'Amaryllis*. Aun y todo, el ensimismamiento duró poco.

**AMORES CON BUCKINGHAM.** La reina de Francia se amoldó a las nuevas damas francesas que se pusieron a su servicio, y ocurrió que todas ellas resultaron de su agrado, trabando buenas relaciones con una en especial: Marie de Rohan, viuda de Luynes, y duquesa de Chevreuse. Mujer de agudísimo ingenio y energía trepidante, comenzó a apuntar maneras de intrigante empedernida con las “travesuras” cortesanas en las que participó no con menos gusto Ana de Austria. Pero con la joven duquesa no todo fueron juegos y chanzas, Marie de Rohan se enredaría en delicadas polémicas que la comprometerían seriamente ante los ojos del Rey: a ella culpaban del primer aborto de la Reina provocado por una carrera en palacio a la que habría retado a su señora, y a ella adjudicaron el papel de celestina en los supuestos amores “reales” de Buckingham, en junio de 1625.

Marie de Rohan habría propiciado el encuentro de la pareja en los jardines de Amiens, con la intención de despertar los celos de Luis XIII. Podríamos bajar la posibilidad de que Ana se sintiera atraída hacia un hombre apuesto conocido por sus conquistas; más difícil es imaginar que una reina, sometida a los rigores del ceremonial y educada en

**MARIE DE ROHAN HABRÍA PROPICIADO EL ENCUENTRO DE LA PAREJA EN LOS JARDINES DE AMIENS, CON LA INTENCIÓN DE DESPERTAR LOS CELOS DE LUIS XIII**



LUIS XIII EN TRAJE DE CORONACIÓN, por Charles Beaubrun, 1638, Sherborne Castle Estates.

la rígida *Pietas Austriaca*, pudiera cometer algún acto deshonesto, y podríamos suponer que Buckingham habría sido capaz de “enamorarse” de ella, al menos platónicamente. Los testimonios que relatan el episodio de Amiens cuentan que el ministro inglés intentó obtener pruebas de aquel amor —que los más osados se atrevieron a calificar de político— y que la reina, ante tal desacato, pidió auxilio. Sea como fuere, lo único cierto de aquella historia es que el honor de la Reina quedó manchado: Luis XIII, que siempre había desconfiado de su esposa en los asuntos más triviales, difícilmente podría haber pasado por alto una afrenta como la íntima pero breve entrevista entre su esposa y el ministro inglés. La joven reina, a la que tanto le gustaban el chocolate, la música y el teatro, sumó a su bagaje una sospecha de infidelidad nunca confirmada y notablemente utilizada; cuando en 1628,

Buckingham falleció, apuñalado en su viaje a La Rochelle para auxiliar a los hugonotes, el rumor alcanzó las más

altas cotas de dramatismo, pues se llegó a afirmar que así Luis XIII había vengado al más osado de los amantes.

La malintencionada historia de los infieles amores de la reina “española” con Buckingham dejó las manos libres a Luis XIII para acometer su política antihabsburgo y atacar el frente abierto por Carlos I de Inglaterra en La Rochelle (1627). El desamor en la pareja real podía reflejar, y de hecho reflejaba, el mal entendimiento entre las monarquías que representaban: la española y la francesa. Precisamente en 1625, fecha del encuentro reina-Buckingham, Francia había confirmado un brusco giro hacia el intervencionismo, que rompía el entendimiento con la monarquía de Felipe IV.

Richelieu había entrado el año anterior en el Consejo real, propugnando con fuerza aquel cambio, por lo que sería presumible que el rumor de los amores entre Ana y Buckingham persiguiera justificar este viraje político: porque si la Reina era “infiel” a su esposo, éste se sentiría legitimado para ser igualmente “infiel” a las paces que su unión matrimonial había sellado.

**CONJURAS Y TRAICIONES.** La inteligencia y dotes de estadista de Richelieu no pasaron desapercibidas en la Corte de París, donde se convirtió en el hombre de confianza de Luis XIII y, por ende, en el gran competidor en el mundo de los afectos soberanos. Sin embargo, en el triángulo político-afectivo propio del esquema rey-reina-válido, la consorte estaba en clara desventaja: sin hijos y controlada por el ceremonial, inició en 1628 una etapa de presuntas conjuras y traiciones que fueron vigiladas muy de cerca por el cardenal.

Era evidente que Ana de Austria no disfrutaba de los favores de su marido, »

➤ aunque no por ello se resignó a ser la diana de los dardos de Richelieu y así lo demostró en las acusaciones recibidas por la conjuración de Chalais, según la cual habría programado asesinar al Rey para casarse con su hermano Gastón —al menos eso es lo que confesó bajo tortura el impulsor de aquella traición: Chalais, un noble favorable a Gastón—. Nada podía demostrar la participación activa de la Reina en aquella trama; sin embargo, su oposición declarada a que su cuñado contrajera matrimonio con mademoiselle de Montpensier, le bastó para ser catapultada a una humillación pública de la mano de Richelieu. El cardenal la convenció para “confesar” toda la verdad ante el Rey, y a pesar de que se mantuvo su dignidad, no pudo demostrar su inocencia.

No terminarían aquí las suspicacias del rey. Luis XIII nunca logró apartar de sí la nube de sospechas que su mujer le despertaba; los calculados acercamientos a su esposa siempre fueron provocados por la escrupulosa necesidad de otorgar herederos a la Corona. Ante tal clima de rechazo, la Reina buscó apoyos morales y políticos a su alrededor: el partido devoto, con el que coqueteaba peligrosamente María de Médicis, le ofreció cierta protección, que no sabría devolver cuando la rueda del azar cambiara las tornas.

La Reina fue juzgada en estos años por conjuras y traiciones que no fueron suficientemente atestiguadas, cuando quizás su única “traición” en esos turbulentos tiempos fue su infertilidad. Es



Georges de Villiers, EL DUQUE DE BUCKINGHAM, por Daniel Dumonstier, 1625, París, Biblioteca Nacional de Francia.

posible que éste fuera el oculto motivo por el que los dardos más envenenados se dirigieran hacia ella. Luis XIII quizás se había equivocado de juicio y de crímenes, quizás pensara que su esposa merecía semejantes sospechas y su pregunta latente fuera ¿acaso no es una traición no dar herederos a la corona?

**DE “TRAIDORA” A REGENTE.** En diciembre de 1637, Ana de Austria ya albergaba en su vientre el futuro talismán que transformaría su vida, su destino y su corazón: un hijo, el delfín de Francia, el futuro Luis XIV. Con la maternidad, acontecida el 5 de septiembre de 1638, legitimó su poder como soberana, consagró su papel de consorte



EL CARDENAL MAZARINO EN LA GALERÍA ALTA DE SU PALACIO, grabado por Robert Nanteuil y Pierre van Schuppen, 1659, París, Biblioteca Nacional de Francia.

y se hizo “francesa”. El pequeño Luis fue considerado un milagro tras los veintidós años de matrimonio de la pareja real. La Reina colmaría las esperanzas de sucesión con otro hijo, Felipe, nacido en 1640. Aun así, no conseguiría ganar la confianza del Rey.

Los celos de Luis XIII hacia su esposa eran tan obsesivos que, tras su maternidad, volvió a acusarla de conspirar junto a Cinq-Mars en pos de una posible firma de la paz con Felipe IV. Esta misteriosa intriga aún no ha podido ser desvelada en su totalidad; algunos autores apuntan a que el propio Luis XIII la habría alentado para después renegar y ajusticiar al cerebro de la misma, uno de sus hombres de confianza. Cierta o no la implicación del Rey, el caso es que se apuntó una vez más a Ana de Austria que, dispuesta a supervisar en persona la educación de sus hijos, difícilmente se habría arriesgado a despertar las iras del Rey interviniendo en tan intrincado asunto.

La Reina defendió su inocencia frente a un desconfiado esposo al que no le quedaba mucho tiempo: en diciembre de ese mismo año falleció Richelieu y el propio monarca le seguiría a la tumba el 14 de mayo de 1643, efeméride de la muerte de su padre Enrique IV, acontecida treinta y tres años antes. Cuentan que, en el lecho de muerte, Luis perdonó a su esposa, aunque sin creerla. Ciertamente no, manifestó claramente sus suspicacias en el testamento: Luis XIII llegó a usurpar poderes a su sucesor con tal de evitar que Ana los ejerciera como regente. De haberse seguido al pie de la letra la última voluntad del soberano, Ana de Austria no habría sido la regente, porque lo decretado en el testamento violaba las leyes de la monarquía absoluta. El Parlamento, en el *Lit* de justicia de Luis XIV —el nuevo rey menor de edad—, revocó el testamento de Luis XIII, otorgando a Ana de Austria plenos poderes para la regencia.

**MAZARINO Y LA FRONDA.** “*La reine est si bonne* (la reina es tan buena)”, repetían los exiliados franceses huidos de la Francia de Richelieu, cuando volvieron a la Corte con la esperanza de cobijarse bajo el paraguas de la regencia. Antiguos amigos de la Reina y miembros del partido devoto configuraban este heterogéneo grupo que recibió el nom-

bre de los Importantes. Pero Ana ya no era aquella joven reina sin hijos ni responsabilidades formales: era la regente de Francia, la madre de Luis XIV, y tenía ante sí una monarquía que gobernar, en la que las contradicciones abundaban, retorciendo su conciencia. Como afirma Dubost, el principio de conservación que se imponía como condición en todas las regencias entraba en flagrante contradicción con la situación de guerra con España, y a aquélla se añadía la crisis económica, social y política que convertía a la cúpula de la monarquía en presa fácil de grupos rebeldes y descontentos.

Los Importantes se desengañarían pronto, porque la Reina decidió seguir la política heredada de Richelieu y confirmar en el poder al sucesor que éste había designado: Mazarino. Fue éste un acto escandaloso para los antiguos exilados, que decidieron corregir tamaña injusticia a sus años de espera preparando el asesinato del recién nombrado ministro de la monarquía. Ana de Austria descubrió la trama y fue implacable: ordenó la detención de Beaufort, el cabecilla y aspirante a sus-



Armand-Jean du Plessis, EL CARDENAL RICHELIEU, por Philippe de Champaigne, hacia 1639, París, La Sorbona.

lamentos y su concepción de la monarquía absoluta, lograron derrotar —aunque con muchas dificultades— aquel movimiento rebelde que hizo temblar los cimientos del poder. Los disturbios provocados por el aumento de impuestos en París desembocaron en una guerra civil declarada que puso en jaque a

## EN EL LECHO DE MUERTE ANA DE AUSTRIA PIDIÓ A SU HIJO QUE MANTUVIERA LA PAZ CON LA MONARQUÍA ESPAÑOLA. LUIS XIV NO CUMPLIRÍA SU PROMESA

tituto de su hombre de confianza, y mantuvo a Mazarino.

Tres años después, la Reina disolvió el cuerpo de los mosqueteros que fielmente habían a servido a su marido (de haber sido verídico el argumento de Dumas, mal habría pagado la Reina a sus fieles servidores). Ignorando los celos de la Regente, Mazarino supo reconocer la valía de los mosqueteros rescatándolos para su servicio y el del pequeño rey Luis XIV. La Reina respetó sus deseos. Junto a él, haría frente a una de las rebeliones más importantes de la Historia de la monarquía francesa: La Fronda.

La Fronda fue un complejo movimiento, cuyos límites cronológicos son tan difíciles de establecer como los objetivos o los protagonistas. Tradicionalmente se han señalado tres etapas entre 1648 y 1653: la fronda parlamentaria, la fronda de los príncipes y las dos frondas. Ana de Austria y Mazarino, desde su repugnancia por los par-

los ejércitos de la Reina, dejando un reguero de muerte, miseria y crisis de subsistencias en el sur de Francia.

Pero Ana de Austria salió victoriosa de la Fronda y Luis XIV fue declarado mayor de edad el 7 de septiembre de 1651.

**REINA MADRE: PAZ Y RETIRO.** El fin de la Fronda dio paso a una reflexión profunda en torno a la guerra con España. El conflicto se había iniciado en 1635 y el agotamiento ya se percibía en Francia. Con su hijo en el poder, Ana de Austria se planteó el fin de la lucha con su hermano Felipe IV. En 1659 se firmó la Paz de los Pirineos con un tratado que selló el matrimonio de la infanta María Teresa, hija de Felipe IV —y, por tanto, sobrina de Ana— con el joven rey Luis XIV. La infanta fue entregada por su padre en la isla de los Faisanes, en el río Bidasoa. Allí los dos hermanos volvieron a encontrarse, tras más de cuarenta años y con una cruenta guerra a sus espaldas. Cuen-

tan las crónicas que Ana pidió perdón a Felipe por haber sido tan “francesa”. En 1661, murió Mazarino, Luis XIV decidió gobernar por sí mismo y la Rei-

na se enclaustró en 1663 en Val de Grâce, aquel monasterio que había ordenado reconstruir como acción de gracias por el nacimiento de un hijo. Sin embargo, su recogimiento no sería absoluto porque desde allí velaría por los intereses del Estado. Cuando en 1665, Felipe IV dejó estipulado en su testamento que la rama francesa no accedería a la herencia de la monarquía española —a la que Luis XIV aspiraba por su matrimonio con María Teresa—, Ana de Austria protestó ante el embajador español, declarando con aplomo que “no dejaría de hacer todo lo posible para que la reina cristianísima [María Teresa] fuese antepuesta”.

Ana de Austria falleció de un terrible cáncer de pecho que le causó notables sufrimientos y que afrontó aferrándose, paradójicamente, a devociones aprendidas en la infancia. La celebrada reina “francesa”, hizo gala, en los prolegómenos de su muerte, de prácticas religiosas asociadas a los Austrias, familia de la que se había desvinculado por exigencias de Estado. En el lecho de

muerte, pidió a su hijo que mantuviera la paz con la monarquía española. Luis XIV no cumpliría su promesa; fue quizás el único deseo de su madre que no cumplió. Porque amó y admiró a su madre, quizás la misma reina a la que Dumas trató como la amada de Buckingham. ¿Y quién se atrevería a demostrar que no eran la misma mujer? Nadie; porque se desconoce y porque, más allá de las leyendas románticas, Ana de Austria es un personaje legendario que bien merece un lugar en la Historia. ■

GRELL, CH. (dir.), *Ana de Austria, infanta de España y reina de Francia*, CEEH, Madrid, 2009.  
KLEIMAN, R., *Anne d'Autriche*, París, Fayard, 1993.  
MACDONALD, R., *La máscara de hierro, la verdadera historia de d'Artagnan y los Tres Mosqueteros*, Barcelona, Crítica, 2006.  
OLIVAN, L., “Retour sohuaité ou expulsion réfléxie?: La Maison espagnole d'Anne d'Autriche quitte Paris (1616-1618)”, en *Working Papers*, HEC, 2008.